

De encierros y plagas

*Por Omar Mauricio Velásquez**



* Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT y profesor de la misma universidad. Correo: ovelasq@eafit.edu.co

*¿De qué manera narrará el tiempo los perfiles de esta circunstancia?
Convoco aquí a la magnitud física que nos dispone al hábito
y le otorgo atributos de guarda y emisario*

Aislamiento

Los días y su cacofonía de lenguas, bochinche y estrépitos mecánicos se han detenido. Una amalgama de formas acústicas venida desde antes de nombrar a las eras retumba sin pausa. Hay una sinfonía de pájaros de todos los tamaños y a todas las horas desde la alborada hasta la penumbra, cuando entonces emergen los chillidos de murciélagos y el alboroto de búhos que se arrojan con sus garras sobre hojas y ramas secas que camuflan el último berrido del desprevenido roedor. El sonido parece una novedad venida de espacios remotos y le agrega pesadumbre y estrujones al humano que erosionó con su escándalo la naturaleza de las cosas, o las cosas de la naturaleza, según convenga. Es una quietud que grita armónica y sin pausa en el horizonte. De algún modo, ser arrojados a un estado que no es el habitual permite leer desde otros ámbitos lo que hemos nombrado “incertidumbre”, y con ello, eso que

hemos construido como humanos. Es propósito de estas líneas narrar en ensayo, desde el optimismo de aquel que se inaugura en la paternidad y desde el miedo del humano por lo humano, la anécdota que en ocasión de una epidemia como el COVID-19 nos dispone a reevaluar el capital de seres *inteligentes* que nos hemos impuesto de manera arbitraria por encima de las otras existencias.

De plagas

Para cuando cruzo esta línea de palabras, mi hijo cumple en el vientre de su madre treinta y ocho semanas y seis días de gestación. Es bien sabido que el humano se reproduce soportado en aquella convención que conocemos como conciencia. Muchos, conscientemente, en algún punto de la vida, decidimos extendernos en nuevas vidas. Nos multiplicamos y nutrimos nuestro ecosistema de una parafernalia de mecanismos y objetos que atienden aquello que llamamos comodidad. Luego, nos replicamos tanto y de tal forma que ponemos en desequilibrio el entorno creado y somos puestos de cara a lo incómodo. Como agentes biológicos sobrepuestos al planeta, somos vehículos de formas silenciosas y más apabullantes que las que hemos nombrado “plagas”. Histórica y culturalmente, las plagas han sido vistas como los antagonistas de nuestra existencia; aquel contrario que puede corroernos y deformarnos de manera inoportuna, sin avisar y sin alertar nuestra defensa. Nada distinto de la indiscriminada manera en que nos hemos

implantado en un huésped como la Tierra, que de forma amigable y atenta nos ha soportado por miles de millones de años. El hombre es enemigo de sí mismo.

Recientemente atisbaba dos obras literarias sin la conciencia del horizonte emergente de la pandemia: *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck, y *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexiévich. En la primera, una familia es arrojada a la condición de nómadas hambrientos y nauseabundos y, en la segunda, los nauseabundos son arrojados a la muerte, al hambre y a una condición de familia social como política de un Estado que, lleno de prejuicios, no deja de llamarlos “pueblo”. En ambos relatos, sus protagonistas parecen a la espera de alguien que les explique cómo y de qué forma llegaron a esa condición. No hay héroes que se sobrepongan a las barreras dispuestas por el narrador en la diégesis del infortunio. Son solo dos viajes de un supuesto autoconocimiento que se plantea en forma de dilema, de preguntas irresueltas. Steinbeck dibuja un paisaje agreste donde solo un horizonte repleto de apetitosas frutas otorga algo de optimismo a los seres secados por el sol del oeste norteamericano. Alexiévich construye un inventario de relatos oscuros y repletos del sabor metálico, que añoran el tiempo de las llanuras atestadas de cereal antes de la era nuclear. Ambos relatos ponen al ser humano en el centro de su propia destrucción, merced a las lógicas del mercado. El hombre necesita del planeta y sus recursos para supervivir. El hombre lo explota. El hombre lo agota. El hombre es arrojado a nuevas preguntas en forma de desastres que adquieren el

grado de naturales y, sin embargo, no atiende ninguna de las señales al concentrarse en la urgencia de mantener la *salud de la economía*. Este es un concepto amparado en la lógica de las leyes que hoy rigen aquello que hemos nombrado el *mercado libre*. No quiere decir esto que el triunfo de la globalización de capitales sea pionero en poner al hombre en el terreno de la incertidumbre económica. Cada momento histórico, sin importar el régimen político tutelar, ha tenido sus momentos de escasez. El Descubrimiento y la Conquista de América en los siglos XV y XVI pusieron a españoles, franceses, portugueses e ingleses en una imbricada contienda de credos, modos y maneras de entender qué era el ser humano y qué deslegitimaba las formas otorgadas por la imagen y semejanza de Dios. En esa refriega, los territorios del nuevo mundo fueron arrasados y saqueados para que el oro soportara las economías de los feudos que otorgaban licencias a los navíos y los mercaderes. En esa lucha de capitales, la salud de la economía se hizo al criterio inequívoco de los respaldos materiales de metales preciosos en un momento de incertidumbres monárquicas. Solo unos pocos anales históricos se han ocupado de las enfermedades que acaecieron en el cruce de los dos mundos, cuando entonces, como desde siempre, el hombre, agente de fiebres y otros padecimientos, inoculó nuevos virus a los humanos recién descubiertos y, como una plaga de sí mismo, exterminó al salvaje en el que no encontró atributos superiores de credo o estética. La economía y sus asuntos históricamente nos han convertido en una *metaplaga*, en seres atiborrados de

vacunas y competencias en letras y técnicas, que pocas veces atienden a la pregunta máxima para que la supervivencia no sea *contranatura*. Los límites culturales como extensión de los feudos hoy nuevamente ponen al hombre como centro y sin fronteras, como el nómada de Steinbeck y el nauseabundo de Alexiévich. Ya no es el aleteo de una mariposa el agente del caos, es el estornudo del comensal de una sopa autóctona china el que derriba los límites de lo comprensible y nos vuelve a poner una vez más ante el hombre que se hace enemigo de sí mismo. Este es un llamado inequívoco a repensar lo que entendemos por naturaleza y cómo la hemos superpoblado como plaga.

De encierros

El día de ayer todo nos indicaba la inminencia del parto. Pronto veríamos a Emilio, el nombre que en ocasión de homenaje a mi padre me puso otra vez de cara al texto de Jean-Jacques Rousseau y que habíamos elegido para llamar a nuestro hijo. Sabernos en una pandemia implicó construir una compleja trama de precauciones para salir a una ciudad vaciada por las autoridades. Lo que tibiamente fue nombrado “Cuarentena por la vida” nos mantenía en un encierro que en ocasión del embarazo era necesario. Cuatro semanas de barreras de hipoclorito y alcohol nos protegían de un enemigo silencioso e invisible que casi alcanzaba el millón y medio de contagios en el mundo. Atendiendo a la sintomatología que describía a lo lejos la doctora, asumimos el protocolo de asepsia requerido para

ir a la clínica, con el miedo a flote de ingresar a una cloaca, a un pozo de enfermedades flotando en el aire de ese lugar que atiende plagas. La contingencia nos puso en un escenario que, ya de por sí desconocido, se convertía en un cuadro surrealista: la madre con sus contracciones en una sala de urgencias, el padre con el equipaje en otra, y solo comunicados a través de las posibilidades que otorgan Internet y sus mecanismos de mensajería instantánea.

Digresión: Internet es una pista inequívoca de la respuesta que deberíamos asumir de modos menos *parafísicos*, una babel de fronteras diluidas, alejada de censuras técnicas o ideológicas sensibles.

Luego de seis horas, nos lanzaron otra vez a la calle en busca de la asepsia del hogar. Las contracciones eran frecuentes, pero la dilatación no había alcanzado el punto ideal para el nacimiento. No era saludable permanecer en las instalaciones hospitalarias, a merced del agente patógeno que se propagaba silencioso y eficaz por las superficies y por las manos que tocaban esas superficies. Fue entonces cuando, en aquel regreso nocturno, notamos un mundo que solo había sido posible a través del cine. El paisaje apocalíptico perfectamente estilizado que sucumbía ante la inexistencia del hombre. Grandes bloques de edificios iluminados pero sin vida. Largos recorridos a través de calles eventualmente cruzadas por motociclistas domiciliarios o vehículos oficiales raudos. Una avenida completamente vacía y donde la tensión se hacía máxima. Era el miedo al afuera en una magnitud inexplorada.

Un texto recién adquirido en la librería universitaria me llevó a repasar *50 experimentos imprescindibles para entender la psicología social*. Me llamó fuertemente la atención el “número 35”, o “El paradigma del grupo mínimo”. En él, se problematiza “¿cómo han sido posibles en la historia de la humanidad atrocidades como el genocidio?” (Rodríguez, Morales, Delgado, Betancor, 2016, p. 189). Su objetivo es hallar “¿cuáles son las condiciones mínimas para expresar un comportamiento discriminatorio?” (p. 189). Me detuve a releerlo para encontrar respuestas a esas preguntas irresueltas sobre la urgencia de discriminar a quién abrirle la puerta, sobre esa hostilidad latente con lo que se nos hace extraño y contagiado. El ejercicio usa como motivos obras de Klee y de Kandinsky para ratificar las condiciones en un *endogrupo* y un *exogrupo*. A los participantes no se les indica quiénes son de tal o cuál preferencia, y luego se les da cierta cantidad de dinero para compartirlo. Luego del procedimiento se concluye que “el hecho de categorizar a los demás miembros de otro grupo es suficiente para generar manifestaciones de discriminación” (p. 192).

En su paso “del país de los sanos al país de la enfermedad”, Christopher Hitchens construye un *no lugar*, una metáfora de su instrucción antes de morir en su obra *Mortalidad*. Muy pocos, casi nadie, dimensionaron la fragilidad de nuestros sistemas de salud. Salud entendida aquí como el mínimo equilibrio del ser humano con factores dañinos que alteren su bienestar físico y emocional.

El distanciamiento social como encierro ante la plaga hace aflorar nuevas emergencias por cuenta de la arquitectura, el

urbanismo y los rituales sociales que como actos perseguimos. Estamos ante una contingencia nunca antes evaluada. Torneos deportivos sin público. Misas del papa sin público. Conferencias sin público. Festivales de cine sin público. Estas novedades nos llevan a evidenciar nuestra opacidad en la configuración del sentido de lo público. Apenas unos días antes, un canal televisivo de interés público nos ofreció una frontera donde se imita el entretenimiento ligero, enviando a decenas de empleados a vivir la pandemia en un lujoso hotel; bajo el ardid de proteger sus familias, estos empleados públicos aparecieron sonrientes en las pantallas con la intención de revelar privacidades. El encierro del encerrado en la precariedad del imprevisto se manifestó entonces en las redes preguntando “¿por qué algunos sí?” y “¿por qué algunos no?”. En el fondo, todos queríamos un encierro de hotel con bufet y desayuno americano, pero juzgar moralmente una intrascendencia ética de los funcionarios de una alcaldía en reciente ejercicio se convertía en un nuevo escalón para determinar que hay mejores y peores, enfermos y saludables. El encierro nos enfrentó a una distancia social convenida y de carácter urgente, pero el mismo nos convirtió otra vez en la plaga repleta de virtudes que opone barreras a lo desconocido, o a lo que genera desconfianza.

Dar luz, dar a luz

Hemos regresado a la clínica el día de hoy. Un agente espiritual insospechado emergió sin tapujos. El doctor Albornoz

se encargó de resolver los dilemas alrededor de lo prudente y lo imprudente al momento de traer a un hijo en medio de la pandemia. Quizás como placebo voluntario, nos pusimos en el plan de pensar que nuestro hijo nos desviaría, con razón, de las noticias del COVID-19 y sus estadísticas. El trámite del día anterior lo vivimos como una especie de simulacro y, en efecto, las contracciones arreciaron en aquel edificio donde cada botón se oprimía con el codo, o recibía un *splash* de alcohol antiséptico. “Me van a poner oxitocina y luego la epidural”, se leía en esa pantalla del iPhone que hoy más que nunca se convertía en una vulgar celda fotolumínica de la distancia. Los protocolos convenidos se atendieron y fui dirigido al noveno piso. Allí, una sala de espera con poco más de diez personas, hombres y mujeres, fulguraba por el bombardeo incesante de sus celulares. Los acompañantes de los pacientes eran los impacientes de aquellas embarazadas en trabajo de parto. Uno a uno fueron llamados, y cada que la enfermera se asomaba a la puerta y alguno caminaba hacia ella, el grito febril y la sonrisa en medio de lágrimas indicaba la nueva vida. Pasaron horas interminables y mi estómago me recordaba la urgencia de alguna eventual comida para sobrellevar la espera, cuando fui convocado a aquella puerta de vidrio donde una enfermera, acaso anestesiada por la costumbre, me dijo: “Venga, pues, mire su hijo”. Los ojos se me llenaron de un mar de lágrimas incontenibles. Aquella vida tan esperada me veía con asombro y algo de resignación. Revisé su cuerpecito y vi sus manos azules y el interminable hilo de vasos en toda

la extensión de su piel. “¿Está bien?”, alcancé a preguntar con las palabras estragadas de mocos. “Está perfecto”, me contestó la enfermera. “Permítame tomarle una foto para mi familia”, le dije con la etiqueta descompuesta del que ya hace algo sin autorización previa. Tomé dos o tres *retrataduras* para evitar desenfoques o ausencia de luz en un ser que de por sí ya iluminaba mi existencia. Dije “gracias”, y salí a una sala donde el resto de acompañantes celebraban el acontecimiento. Ingresé a WhatsApp y en la fila de charlas sobresalía en la punta el ítem “Hermosa Familia”. No vacilé. Sin anunciarlo, envié la fotografía y pude sentir que el pequeño mundo de mi hermosa y encerrada familia celebraba que, entre la plaga, una nueva vida era admitida. Me senté con una sensación de bienestar inexplicable y suspiré. Volví a tomar el celular para repasar los contornos de mi hijo y me quedé sin aliento. La manilla en su muñeca, la que informaba quién era y para dónde iba, llevaba impresa al lado de un código de barras una nota que me devolvía al suelo de la realidad: hecho en China.

Referencia

Rodríguez, A., Morales, J. F., Delgado, N. y Betancor, V. (coords.) (2016). *50 experimentos imprescindibles para entender la psicología social*. Madrid: Alianza.